

Carlos V, el César y el hombre

Diego Martínez Torrón

Apenas un año después de aparecido en la misma casa editorial y colección su libro *Felipe II y su tiempo*, Manuel Fernández Álvarez nos ofrece una interesante entrega de lo que es el tema de su vida como investigador, la figura de Carlos V, a la que ha dedicado un reciente compendio divulgativo en la colección Austral con el título de *Carlos V, un hombre para Europa* (1999) y, en un ámbito más especializado, el volumen XX de la *Historia de España* de Menéndez Pidal.

El lector interesado puede encontrar un extenso resumen de la bibliografía de los estudios que Fernández Álvarez ha realizado sobre la época, en las páginas iniciales del libro que comentamos. También de la bibliografía sobre Carlos V, desde la época romántica hasta nuestros días –fue personaje favorito de los historiadores románticos alemanes–.

De antemano debe decirse que ésta es una obra escrita con calor humano, con una riquísima documentación –por cuanto constituye un resumen, conclusión y compendio de lo trabajado a lo largo de toda una vida–, que sin embargo está adobada por un estilo profundamente literario en la expresión, que hacen de este libro un estudio amenísimo que se sigue con el mismo apasionamiento –transmitido por el autor– con el que puede leerse una novela. Ya la misma disposición de los epígrafes biográficos de la obra constituye un auténtico hilo argumental, siguiendo los hitos que marcan anteriores trabajos del autor sobre este tema. Es por tanto una obra de historia pero muy bien escrita, redactada con arte literario de quien sabe divulgar y hacer amar lo que tan bien conoce. Quizás ésta sea la clave del éxito de público y ventas que tiene este volumen, del que acaba de editarse una segunda edición, y del dedicado a Felipe II, que apareció muy oportunamente en su aniversario.

La amplísima y completa bibliografía que sustenta este trabajo, viene subsumida en un discurso personal casi narrativo. La documentación ajena existe, pero es la base de la propia argumentación sobre el hombre y la época, a la que ha dedicado tantos y tan valiosos estudios desde hace muchos años. Las interpretaciones políticas que se contienen son por ello muy atractivas y fundamentadas. El rico conocimiento de los epistolarios y

documentos inéditos del momento –que Fernández Álvarez ha ido publicando desde hace tiempo– nos aportan un saber intrahistórico de primera mano que hacen de este trabajo un instrumento utilísimo para el investigador que quiera adentrarse en cualquier tema relacionado con este período, pero igualmente para un público mayoritario, medianamente culto, que quiera saber cómo se cimentó la época más gloriosa de nuestra historia, que Fernández Álvarez interpreta como un momento de la construcción de una nueva Europa que perviviría a lo largo de los siglos de oro.

Hay por tanto una aportación investigadora como compendio –más extensamente tratado en el volumen de la *Historia* de Menéndez Pidal en la misma editorial, volumen XX, sin olvidar el XIX–, y también una misión divulgadora desde la cima del saber.

Este libro nos incita indirectamente a olvidar la leyenda negra que tanto daño nos ha hecho y motivado el complejo de inferioridad hispánico, y que si existe debe ser aplicada por igual a todos los países europeos de la misma época.

Hay temas de gran atractivo. Por ejemplo la función de las Cortes de Castilla y su actitud ante el emperador Carlos cuya política sufragaron; los entresijos de su coronación como emperador; el sueño de Carlos V de una Europa en paz que él dirigiera por imperativo divino... En este último sentido, el providencialismo carolingio que inunda el pensamiento español de la época influye poderosamente en Cervantes: Américo Castro interpretó, creo que erróneamente, en sus espléndidos trabajos, como proclividad contrarreformista lo que en realidad derivaba del renacentismo cristiano de índole imperial.

Hay otros muchos más asuntos tratados: la cruzada contra el turco; la desunión de los occidentales y las luchas con Francia. El tema importantísimo, muy bien estudiado en este libro, del surgimiento del luteranismo y la Dieta de Worms (1521) –Fernández Álvarez escribe con admiración de la valentía de Lutero–. El tema apasionante –como ya descubrieron los románticos españoles en el XIX– del surgimiento de las protestas democráticas de la Castilla de los comuneros, que fue la primera revolución política de la Edad Moderna. En este punto echo en falta, en cambio, un tratamiento más amplio de las germanías, que se despacha en muy breve espacio.

El libro contiene un retrato psicológico de la personalidad de Carlos V, basándose en testimonios de época, también pictóricos. Comprendemos al hombre, porque el historiador lo primero que ha hecho es entender a su personaje, que se ha ido agrandando en su mente conforme ha ido avanzando en su investigación, aunque la admiración que siente por él, si bien nos

comunica la pasión por la época a que antes me refería, puede sin embargo hacernos perder objetividad hacia sus defectos.

No olvidemos mencionar el tema de Juana la Loca, que ya había estudiado Fernández Álvarez, y que posee un enorme atractivo en el que se interfiere la realidad y la leyenda.

El imperio español, que aquí se fundamenta –merced a los descubrimientos de las Indias, que aportan el sustento económico–, es obra del sueño de un gran hombre, de suma habilidad política y militar. Es el sueño de una Europa unida contra el turco, de una Europa que se cimenta sobre el eje de Castilla y sobre la defensa de un concepto religioso asociado a un concepto político.

Creo evidente que la religión estaba fundida en la España del Siglo de Oro, que aquí empieza, al sentimiento de nación y al orgullo de ser el imperio más poderoso del mundo. Por ello creo debe tenerse en cuenta que Carlos V funde esta idea del imperio con la defensa de la religión católica, que conduciría a los excesos inquisitoriales, que hoy sabemos por Henry Kamen y Joseph Pérez fueron comunes –a veces inferiores– a los de otros países occidentales. Economía, política y religión eran un continuo indiferenciado por el que se vivía y moría, y esto debemos comprenderlo hoy desde la distancia abismal de nuestra actitud laicista, heredera de los *philosophes* franceses del XVIII.

El europeísmo y el universalismo de Carlos V quedan aquí de manifiesto, a través de un completo repaso a los temas de la vida del emperador: el saco de Roma, las guerras con Francia, las guerras en Germania, las guerras en Túnez.... Y al mismo tiempo percibimos la inmediatez afectiva de un personaje, sus sentimientos de amor hacia la emperatriz Isabel, a la que sobrevivió y amó profundamente hasta su muerte.

Echo de menos sin embargo el tratamiento de un tema fundamental: el del erasmismo, con el que congenió inicialmente el emperador, pero al que abandonó más tarde, quizás por miedo al contagio luterano. Aquí está muy bien vista la confrontación con el luteranismo por motivos de peso político y económico, no sólo religiosos, pero el tema del erasmismo –no hace falta citar los conocidos y soberbios trabajos de Bataillon– aún puede deparar muchas sorpresas al investigador. Fernández Álvarez apenas le dedica espacio a este importante tema, tanto en este libro, como en el divulgativo de la colección Austral e incluso en el más amplio estudio, el volumen XX de la *Historia...* de Menéndez Pidal. Para mí es, y no descubro nada nuevo, un tema de gran magnitud e importancia. De haber triunfado el erasmismo en España, se habría iniciado una época de tolerancia intelectual, implantado una visión menos coercitiva y más abierta de religión, nos habríamos

acercado en definitiva, mucho más rápido, a la edad contemporánea. Pero creo que el emperador se asustó de las dimensiones del reto, y los poderes fácticos implantaron la coerción. Por todo ello, me parece que tal vez el barroco –no en cuanto estilo literario, sino en cuanto actitud ideológica– representa menos un progreso que una regresión frente al pensamiento del Renacimiento áureo que tan brillantemente creció en España y que dio como fruto la excepcional obra cervantina, o la poesía de Garcilaso, Aldana o de la Torre, como sólo ejemplos.

En todo caso, este interesante libro nos marca el camino a seguir: el fundamento sólido de una amplia documentación objetiva insoslayable; y luego la reflexión sobre ella con un discurso que aporte la reconstrucción de una época con ojos nuevos y visión a un tiempo rigurosa y apasionada.

